han, Isaac y Jacob ofrecieron sacrificios al Señor; y vemos que Moisés y su hermano Aaron, encargados de libertar á Israél de la esclavitud de Egipto, no pedian á su rey Faraon que se la concediese sino para ofrecer al Señor sacrificios en el desierto (1): y en efecto, ellos parece que no fueron á la soledad de Horeb sino para recibir el arreglo del culto del Señor y ofrecerle sacrificios.

Estos eran de tres clases. *De animales.* De ovejas, carneros, corderos, corderas, cabras, machos, cabritos, vacas, bueyes, terneros, terneras, tórtolas, palomas y otras aves. *De frutos de la tierra.* De manojos de espigas, trigo en grano, harina de trigo y de cebada, panes ácimos y fermentados, sal, incienso, aromas y perfumes. *De líquidos.* De vino, aceite, sangre y libaciones. Tambien habia diferencia en el modo de ofrecerlos. En unos se quemaba ó consumia todo lo que se ofrecia, y estos se llamaban *holocaustos.* En otros se quemaba ó consumia una parte solamente, y estos se llamaban *hostias pacíficas, hostias por el pecado, hostias de accion de gracias.....* segun el motivo con que se ofrecian. Los habia anuales, mensuales y tambien diarios, como los de los dos corderos que se sacrificaban diariamente (2), uno al salir el sol y otro á las tres de la tarde, anunciando ya desde entonces diariamente el sacrificio del altar y del Calvario.

Tabernáculo. Era este un pequeño pero preciosísimo templo de madera de setin (cedro incorruptible), de quince varas de largo, seis de ancho y cinco de alto. Estaba armado de gruesos tablones, y se desarmaba para llevarle al frente del pueblo en sus marchas, y volverle á armar en sus mansiones. Todos los tablones estaban unidos por espigas y escopleaduras perfectamente ajustadas, cubiertos por dentro y fuera con planchas de oro, fijados sobre noventa y seis grandes basas de plata y asegurados por cinco órdenes de largueros, que cubiertos tambien de oro, pasaban por doscientos y cuarenta anillos de oro, clavados en los tablones para asegurar todo el edificio. Servia de techo un riquísimo paño compuesto de diez cortinas de lino fino retorcido de color de jacinto, púrpura y grana teñida dos veces y preciosamente bordadas y recamadas, el cual paño no solo cubria la parte superior,

(1) *Exod.* 7, 16. — (2) *Exod.* 29, 38.

sino todo el tabernáculo, escepto el fróntis de la entrada. Unian estas cortinas cien presillas de color de jacinto, y las aseguraban cincuenta anillos de oro. Esta primera cubierta formaba un techo hermosísimo. Sobre ellas se estendian otras tres, de una vara mas de largo y dos de ancho, para resguardarla. La primera era de pelos de cabra, la segunda de pieles de carnero encarnadas y la tercera de color de jacinto, y todas tres servian para preservar de las aguas y demás intemperies el tabernáculo. Estaba este dividido en dos cuerpos por un riquísimo velo bordado y recamado de oro, y estendido delante de cuatro columnas cubiertas de planchas de oro, coronadas con capiteles de oro, y sentadas sobre basas de plata. El de dentro del velo era un cuadro perfecto de seis varas, y el de fuera un cuadrilongo de nueve. Este era el *Santo,* ó *lugar Santo,* y aquel el *Sancta sanctorum* ó *lugar Santísimo.* Cerraba la entrada de todo el tabernáculo (la cual siempre miraba al oriente) otro velo muy rico, aunque no tanto como el anterior, estendido delante de cinco columnas cubiertas de planchas de oro, con capiteles tambien de oro y basas de bronce.

En el *lugar Santísimo* estaba el *arca del Testamento,* de cinco cuartas de larga, tres de ancha y tres de alta, cubierta por dentro y fuera de planchas de oro purísimo. En esta preciosísima arca se custodiaban (1) *el vaso de oro lleno del maná* que alimentó al pueblo por cuarenta años en el desierto; *la vara de Aarón,* que floreció para probar su eleccion al sacerdocio; y *las Tablas de la ley,* escritas por el dedo de Dios. A su lado estaba el *incensario de oro* que usaba el sumo Sacerdote cuando entraba en este lugar santísimo, que era una vez cada año, y sobre ella el *propiciatorio,* que consistia en una gran plancha de oro fijada sobre su tapa, y en dos hermosísimos querubines tambien de oro, que ocupaban sus estremos y cubrian con las dos alas el arca, y con las otras dos formaban un preciosísimo trono, donde brillaba la gloria del Señor, y desde donde daba sus órdenes y sus respuestas. En el *lugar Santo* estaba el *candelero de oro* de siete brazos, trabajado á martillo y con primor, sobre cuyos siete brazos se fijaban siete lamparillas tambien de oro que lucian por la noche; el *altar de los per-*

(1) *Hebr.* 9, 4.

fumes, cubierto de planchas de oro, sobre el cual se quemaba el incienso de fragancia suave por la mañana, y el perfume perpetuo por la tarde; *la mesa de los panes de la proposicion,* cubierta de las mismas planchas de oro, en la que se ponian y renovaban todos los sábados doce panes calientes, que debian estar delante del Señor perpetuamente, y que representaban las ofrendas de las doce tribus de Israél. Tanto el arca como el altar y la mesa tenian en cada costado dos anillos de oro por donde se pasaban varas cubiertas con planchas de oro para llevarlos en las marchas.

Atrio (1). Estaba rodeado el tabernáculo de un espacioso atrio de cincuenta varas de largo y veinte y cinco de ancho, formado por setenta columnas de cinco varas de altura, guarnecidas de planchas de plata con capiteles tambien de plata y basas de bronce. Todos los espacios de columna á columna, escepto los de la entrada, estaban cerrados con vistosas cortinas de lino retorcido y tegidas á manera de red para que se pudiese ver desde afuera el tabernáculo, y mover con su vista á bendecir y alabar al Dios de Majestad que le ocupaba. La entrada de este espacioso atrio era de diez varas de anchura y comprendia cuatro columnas de las diez que hermoseaban la fachada. Estas cuatro columnas formaban tres portadas que cerraba una preciosa cortina de lino retorcido de color de jacinto, púrpura y grana reteñida y ricamente bordada. En el atrio y delante del tabernáculo estaba el altar de los holocaustos, el gran baño de las purificaciones y lo demás necesario para los sacrificios. En rededor del atrio acampaban en pabellones las doce tribus de Israél (cerca de tres millones), por el órden de sus escuadrones y banderas, tres al Oriente, tres al Mediodía, tres al Poniente y tres al Norte, teniendo en su centro el tabernáculo, que era como el pabellon de Dios que habitaba de un modo particular en medio de su pueblo. Este espectáculo era magnífico, admirable, sorprendente..... y no es mucho que Balaán esclamase al verle: ¡ Qué hermosos son, oh Jacob, tus tabernáculos, y tus tiendas, oh Israél! como valles frondosos, como granjas regadas en márgenes de rios, como tabernáculos que fijó el Señor, como cedros cerca de las aguas (2).

(1) *Exod.* 38. — (2) *Núm.* 24, 5.

Sacerdotes y ministros del culto. La multitud de ministros destinados al culto del Señor, no era de menos consideracion que la preciosidad del tabernáculo y del atrio en que habian de ejercer sus respectivos ministerios. Toda la tribu de Leví, que se componia de una decimatercia parte de Israél, habia sido separada y destinada por el Señor á su servicio (1); y de entre todas las familias que componian esta tribu, habia sido llamada la de Aaron para el sacerdocio, y el mismo Aaron para cabeza del sacerdocio ó sumo Sacerdote (2). Los levitas custodiaban el atrio y servian en él á los sacerdotes, y estos cuidaban del tabernáculo y ejercian en el lugar santo sus funciones principales. En el lugar santísimo solo entraba el sumo Sacerdote.

Vestiduras sacerdotales (3). Las del sumo Sacerdote eran muy ricas, y estaban cubiertas de símbolos misteriosos. Sobre la ropa interior vestia una túnica de lino fino, hecha con aguja ó en telar, pero sin costura. Tal era la de Jesucristo que sortearon los soldados al pie de la cruz. Sobre aquella vestia otra de varios colores, orleada de muchas granadas alternadas de esquilitas de plata, que con la multitud y armonía de sus sonidos infundian en el pueblo un santo temor y profunda reverencia hácia los santos misterios, y hácia el sumo Sacerdote que los ejercia. Se ajustaba sobre esta túnica el famoso *Ephod,* que era un ropaje corto y sin mangas, que cubria principalmente el pecho y la espalda, y se prendia sobre los hombros con corchetes de oro. Estaba bordado con hermosa variedad de colores y recamado de oro. Tenia sobre las hombreras dos grandes esmeraldas engastadas en oro, y grabados en ellas los nombres de los doce hijos de Israél, seis en cada una. Llevaba sobre el pecho el misterioso *Racional,* unido al Ephod con cadenillas de oro. Era una tela cuadrada de un palmo, bordada de hermosos colores, recamada de oro y tachonada con doce piedras preciosas engastadas en oro. En cada piedra estaba escrito uno de los nombres de las doce tribus, y en su centro estas palabras: *doctrina y verdad.* Ultimamente, llevaba sobre la cabeza una tiara de lino muy fino, de la cual pendia una lámina de oro purísimo que caia sobre la frente, y estaban grabadas en

(1) *Núm.* 3, 6. — (2) II. *Paral.* 26, 18. — *Hebr.* 5, 4. — (3) *Exod.* 28, 1.

ella estas otras palabras : *lo santo al Señor*. En fin, el adorno con que el sumo Sacerdote habia de entrar en el lugar Santísimo, era correspondiente á aquel santísimo lugar. Los demas sacerdotes usaban vestiduras en todo decorosas y en parte preciosas como correspondia á su elevado ministerio.

Gastos de la construccion del tabernáculo (1). Parece que quiso Dios dar en esta ocasion á todos los hombres de todos los tiempos un ejemplo de la generosidad que debian usar siempre que se tratase de su divino culto. Pudiendo imponer al pueblo la cantidad con que habia de contribuir para esta rica obra, solo mandó á Moisés que le hiciese entender, que se iba á construir un tabernáculo en el que residiria su gloria, y que para esta obra se recibirian ofrendas de todas clases. Moisés lo hizo entender así al pueblo, y el pueblo corrió á presentar cuanto tenia de mas precioso. Hombres y mujeres ofrecieron á porfía oro, plata, cobre, jacinto, púrpura, grana, lino fino, maderas de setin, pieles azules y encarnadas, vasos de oro y plata, y toda clase de piedras preciosas, hasta despojarse las mujeres de sus collares y pendientes de perlas, de sus anillos y brazaletes de oro, y de toda su pedrería, ofreciéndolo todo al Señor con prontísima voluntad y ánimo devoto; siendo lo mas admirable que continuando el pueblo en ofrecer mas y mas todos los dias, fué preciso mandar y pregonar por los campamentos, que ni hombre ni mujer llevasen mas para la obra del tabernáculo, porque lo ofrecido ya era con demasía. ¡ Qué ejemplo ! ¡ Qué confusion para los cristianos de nuestros tiempos ! ¡ Qué leccion tan terrible para el dia en que hemos de rendir á Dios la cuenta de nuestra mayordomía ! ¡ Tantas galas, tanto lujo, tantos muebles, tanto oro, tanta plata..... y la casa del Señor pobre, desadornada y despojada ! ¡Gran Dios ! ¡ Quién podra sostener en aquel dia el peso de vuestra ira !

Gastos del culto y sus ministros. La generosidad y abundancia con que el Señor proveyó á los gastos del culto y sus ministros fué correspondiente á la majestad con que queria que se le sirviese. Aun antes de erigirse el tabernáculo habia ya mandado (2) : que todos los hombres de veinte años arriba contribuyesen para sus gastos con medio siclo (como una peseta); y hecho el recuento, se halló que esta contri-

(1) *Exod.* 35, 4. — (2) *Exod.* 30, 12.

bucion ascendia á mas de dos millones y medio de reales anuales, la cual debia aumentarse en lo sucesivo segun se aumentase el pueblo; y en efecto, llegó á importar muchos millones, que se empleaban en los gastos y adorno de un solo templo. La tribu de Leví no entró en el repartimiento de la tierra prometida, pero fué dotada mas abundantemente que ninguna otra. Recibia ella sola todo el diezmo de las doce tribus, el cual ascendia á un valor á lo menos doble del que producian los frutos líquidos de cualquiera de ellas. Los levitas recogian este diezmo, y de él daban una décima parte á los sacerdotes, que debia ser de lo mejor y mas escogido segun la ley. Se destinaron á esta misma tribu cuarenta y ocho ciudades con sus egidos y tierras que las rodeaban hasta la distancia de mil varas fuera de muros. Treinta y cinco eran para los levitas y trece para los sacerdotes. A estos pertenecian, á mas del diezmo y ciudades espresadas, todas las primicias de la nacion, todas las ofrendas del templo, todos los derechos que pagaban los primogénitos, la conmutacion de todos los votos, y la parte principal de todas las víctimas; de modo que su renta debia ser á lo menos cuatro veces mayor que la de los levitas, y por consiguiente ocho veces mayor que la de los Israelitas.

Así quiso el Señor hacer ver á los hombres que le agrada un culto magnífico en todo : en sus templos, en sus santuarios, y en cuanto se contiene en sus templos y sus santuarios; en sus ministros, en sus sacerdotes, y en cuanto pertenece á sus ministros y á sus sacerdotes. En todo quiso que se manifestase la grandeza y majestad del Dios á quien se rinden los cultos. Bien persuadido de esto el piadosísimo David, preparó inmensas riquezas para hacer un templo al Señor; y su hijo, el sapientísimo Salomon, le hizo fabricar tan vasto, tan rico y tan asombroso, que fué la primera maravilla del mundo. Toda la nacion velaba sobre la conservacion de este hermosísimo templo, y cuando estaba en peligro de ser profanado ó destruido, nada les ocupaba tanto como este temor. Nuestro menor cuidado, decian (1) los valientes Macabeos, cuando estuvieron en un sumo riesgo de ser destruidos con toda la nacion, nuestro menor cuidado era por nuestras mujeres, hijos, hermanos y parientes; nuestro

(1) II. *Mach.* 5, 18.

principal y sumo cuidado era por la santidad del templo.

Pero acaso dirá aquí alguno, que esta magnificencia del culto era particular y propia de aquella nacion ignorante, que necesitaba ser instruida y animada por este aparato esterior á rendir á Dios sus adoraciones; mas esto es un error. La magnificencia del culto ha sido de todos los tiempos y de todos los hombres, porque la dicta la razon; y solo las circunstancias han podido rebajarla ó suspenderla en algunos tiempos desgraciados. El pueblo de Israél era el mas sabio que habia en el universo, y sombreaba otro pueblo todavía mas sabio, que era el pueblo cristiano; y si el divino Autor del cristianismo, Jesucristo hijo de Dios vivo, no estableció en él desde luego este culto magnífico, fué porque no convenia, ni al estado pobre y humilde en que habia determinado redimir á los hombres, ni al tiempo de las persecuciones con que queria establecer y sellar su divina religion entre los hombres. Mas luego que la predicacion y los prodigios de los Apóstoles y sus discípulos la hubieron llevado hasta los fines de la tierra, y establecido en ella á costa de su sangre y la de millones de mártires, envió la paz á su Iglesia. Entonces la magnificencia del culto se presentó por todas partes, y los tiempos de los Constantinos, Teodosios, Clodoveos, Fernandos y Luises asombraron al mundo con esta magnificencia. Es verdad que las guerras, las herejías, los cismas, y en nuestros tiempos el impío filosofismo, han interrumpido á su vez esta magnificencia; pero jamás han podido ni podrán estinguirla, porque es debida por derecho natural y divino. Así que, contribuir con diezmos, primicias, ofrendas, dones y cuanto convenga á dar un culto majestuoso y magnífico al Criador, es un deber natural de la criatura.

No, hombre miserable, Dios no necesita de tus bienes. Los cielos son su trono, la gloria sus riquezas, y el orbe todo la peana de sus pies. No, hombre ejemplar de las necesidades, y compendio de las miserias: Dios no necesita ni de ti ni de tus bienes. Suyo es el orbe. Tú eres el que necesitas á Dios y sus bienes. Da uno para recibir mil, y vuelve uno por mil que has recibido. No vencerás al Señor en generosidad. Cuida de glorificarle sobre la tierra y el Señor te glorificará en el reino de los cielos. Amen.

¿Para qué son estos mandamientos? — Para mejor guardar los (mandamientos) divinos.

CUARTA PARTE

EN QUE SE DECLARAN

LOS SACRAMENTOS QUE SE HAN DE RECIBIR.

Ya hemos visto como sabeis lo que habeis de creer, orar y obrar; veamos cómo sabeis lo que habeis de recibir, que es lo postrero. Decid los Sacramentos.

Los Sacramentos de la santa madre Iglesia son siete: los cinco primeros son de necesidad, de hecho ó de voluntad, sin los cuales no se puede salvar el hombre si los deja por menosprecio; los otros dos son de voluntad.

Llámanse Sacramentos de la santa madre Iglesia, no porque la Iglesia los haya instituido, sino porque la Iglesia los hace y confiere por medio de sus ministros. Los Sacramentos son siete, ni mas ni menos, y todos han sido instuitidos por Jesucristo. Así consta de la tradicion y lo tiene definido el santo concilio de Trento (1) por estas palabras: Si alguno dijere que los Sacramentos de la ley nueva no fueron todos instituidos por nuestro Señor Jesucristo, ó que son mas ó menos que siete, á saber: Bautismo, Confirmacion, Eucaristía, Penitencia, Extrema-uncion, Orden y Matrimonio; ó dijere que alguno de estos siete no es verdadera y propiamente Sacramento, sea anatematizado, esto es, maldito y escomulgado. Los cinco primeros Sacramentos son de necesidad, de hecho ó de voluntad; es decir, que es necesario recibirlos real y efectivamente si se puede, y si no, tener deseo de recibirlos. Los dos últimos son de voluntad, porque nadie está obligado ni á ordenarse ni á casarse. El Bautismo y la Penitencia se llaman Sacramentos de *muertos*, porque están instituidos para dar la vida de la gracia á las almas que están muertas por la culpa; y los demás se llaman de *vivos*, porque están instituidos para aumentar la gracia en

(1) *Ses. 7. Can. 1.*